

Aniversario (Los versos de Any)

Es, Aniversario, un término que nos brinda bastante poco, nos deja insatisfechos a la hora de abordar lo que define.

Ya cuando una palabra empieza con un nombre propio (y tenemos varios casos: Bobalicón, Carlinga, Cachondeo, Estercolero por citar algunos), e incluso más, cuando se la puede partir y jugar con cada pedazo suelto, se hace difícil tomarla en serio.

La ve uno contonearse por ahí, queriendo abarcar todo a la vez, haciendo una muequita de desprecio ante la sola idea de haber nacido para una única acepción o para ser utilizada cuando mucho una vez al año por persona. Es así como intentando zafar de su origen y destino, acaba en una oscura lista de palabras de esas que nunca alcanzan para decir lo que uno siente, lo que se quiere expresar, designar, diferenciar claramente de otra cosa.

Decir aniversario no toca ni de cerca lo que pasa cuando se cumplen años; suena a poco si se quiere nombrar el tiempo transcurrido entre una primera vez y cada año después; algo se pierde si se intenta agrupar de a doce las instancias de decir, de escribir, de mostrar algo. Sobre todo cuando mostrar algo, lo que uno hace, lo que sale o se saca uno de adentro para ir a buscarlo más allá, siempre en otro lugar, no deja de causar un estremecimiento, una incomodidad, una vacilación.

Nada de esto integra esta palabra que hoy nos llena la boca, y que, conforme es mayor el tiempo compartido, nos hace más unidos y más desconocidos, más esperados y tal vez -por algún extraño atajo del amor- menos queridos.

Nora MARTÍNEZ

Wonderboy II

Al comienzos de los noventa, cuando las canchas de paddle comenzaban a invadir cualquier terreno apto para la construcción, se vivía la decadencia de los prometedores locales de videojuegos. Los clásicos juegos de arcade, de un joystick tipo pelota y dos únicos botones, dejaban lugar a los nuevos, más sofisticados, con más botones y cosas extrañas. En ese universo, y colgado del éxito de su antecesor, aparece el Wonderboy II. En este caso, el rubio muchachito que garantizó horas de diversión a fines de los ochenta, dejaba la patineta de lado para recorrer una tierra dominada por un maléfico dragón. A lo largo de su aventura, su equipamiento podía incrementarse comprando diferentes armas y vestimentas con monedas que se conseguían a cambio

de matar algunos monstruos. Pero la parte más importante del juego radicaba en los trucos. Saltando en un determinado rincón era posible obtener monedas escondidas. Disparando un huracán antes de saltar, las monedas que se podían obtener llegaban a más de sesenta, entrando a puertas fantasma se conseguían amuletos que podían ser cambiados más adelante por otros elementos, hasta tener un rubí que desenmascaraba al dragón (que era un robot, para sorpresa de todos). Nunca logré, durante el secundario, dominar el arte de jugar al Wonderboy II.

El azar, o vaya a saber uno qué cosa, me llevó a reencontrarme con el juego unos años después, cuando ya me encontraba promediando mi carrera universitaria.

Alguien decidió poner un pequeño local de videojuegos en mi barrio, y entre los aparatos se encontraba el querido juego. Durante tres meses asistí casi todos los días al local. Llevaba sólo cincuenta centavos en el bolsillo, lo que me alcanzaba para dos fichas. Una la jugaba al Wonderboy II y la otra a cualquier otro juego. Finalmente conseguí el objetivo: el dragón mecánico fue derrotado, y pude ver la pantalla final. El protagonista subía a una especie de nave espacial y se iba con la sensación del deber cumplido.

Al día siguiente fuí al local, pero estaba cerrado. Un par de días después, yendo a la panadería pude ver como cargaban todo en una camioneta. Nunca más vi al Wonderboy II en ningún otro lado.

Mariano QUINTERO

De la berretez al cinismo

Estamos aquí, la familia televisiva, reunida para festejar un nuevo aniversario. Todos aquí, gracias a ustedes, y por ustedes, a quienes acompañamos día a día, Y les agradecemos por permitimos entrar en sus hogares. Estas palabras bien podrían haber sido dichas en alguno de los ya cincuenta cumpleaños de Canal 9 por el Zar de la televisión. Uno de los canales que contó, al menos durante la década del 80, con una identidad muy clara, marcada y que ha dejado huellas profundas en la memoria colectiva. Aprovechando esta coincidencia cantemos: *Felicidades, Felicidades, hoy Canal 9 les desea felicidades...*

Esta melodía evoca plenamente una época maravillosa, llena de momentos que podríamos caracterizar como optimistas: *Feliz Domingo, Atrévase a soñar, Seis para Triunfar, Finalísima del humor, Sábados de la bondad, Si lo sabe cante*, entre tantos otros. Pero sin dudas algo característico de este período -que no da cuenta del medio siglo que recorrió el Canal de la Palomita- fueron los programas de entretenimiento familiar. Estos tuvieron la pesada tarea de hacerse cargo de poner en juego saberes “pobres” (especialmente comparados con otros de la época como *Tiempo de*

siembra, que articularon lo que todos pensamos siempre de esta señal: **es berreta**). Su berretez, o digámoslo de manera políticamente correcta, su carácter popular es lo que constituyó el secreto de su encanto.

Pero la herencia de la berretez parece haber cedido su olímpica antorcha a Tinelli, aunque con unas cuantas distancias. Mientras el canal de Romay proponía un juego en el que la vergüenza pública nos impedía contar nuestro disfrute con Leonardo Simmons, hoy comentamos lo que Marce produce cotidianamente. La gran diferencia es que Leonardo nos invitaba a participar, mientras que hoy se nos invita a “fiscalizar” lo que sucede frente a nosotros. La berretez del 9 radicaba en nuestra presencia vicaria, la del 13 de hoy en nuestra condescendencia.

La época de oro del Canal 9 supuso una convocatoria cariñosa, amorosa, respetuosa, pero sobre todo *kitsch* que no dejó a nadie afuera, porque sus temas fueron “rústicos”. Hoy no. No es que nos deje afuera simplemente, sino que nos convoca como testigos, garantes de la farsa, y no participantes lúdicos. Es sin duda un espectáculo más cínico que ni siquiera produce vergüenza.

Mónica KIRCHHEIMER
Enviada especial en La Triple Frontera

La caldera del Diablo

Piense usted en la temperatura que puede producir en este lugar un número tan grande de amores propios que se comparan allí.
Paul Valéry

Witold Gombrowicz afirma que en cada ciudad importante existen unas personas, que en conjunto ocupan no más de una confitería, perorando sobre la literatura y el arte, queriendo imponer sus gustos y sus caprichos. Se trata de gente ansiosa, que busca en un consenso acotado, alguna seguridad, alguna manera de delimitar lo valioso para poder saber lo que valen. Allí el escritor malo no puede decir nada porque es malo, y el bueno dice poco por la prudencia que le imponen sus múltiples y muchas veces ilusorias responsabilidades.

Valéry está de acuerdo: “París encierra, combina, consume y consume a la mayor parte de los hombres brillantes e informados cuyos destinos los han llamado a seguir las *profesiones delirantes*... Llamo así a todos esos oficios cuya materia es la

opinión que los otros tienen de uno. Las personas que los ejercen, abocados a una eterna candidatura, están siempre necesariamente afligidos de cierto delirio

Se trata de gente ansiosa, que busca en un consenso acotado, alguna seguridad, alguna manera de delimitar lo valioso para poder saber lo que valen.

de grandeza que un cierto delirio de persecución atraviesa y retuerce sin cesar. En este pueblo de únicos reina la ley de hacer lo que nadie nunca ha hecho antes y

que nadie nunca hará. Es, cuando menos, la ley de los *mejores*; es decir, de aquellos que tienen la voluntad de querer claramente algo absurdo”.

Actores, pintores, escritores, cantantes... Jacques Lacan agregó a la lista de Valéry a los psicoanalistas.

En esta caldera del Diablo nadie encuentra su lugar en el infierno común, en esta “iglesia interhumana” (Gombrowicz) nadie sabe a qué Cristo encomendarse.

La ilusión de estar solo muestra la superioridad, una soledad situada en los límites de una especie: “Cada uno de ellos funda su existencia sobre la inexistencia de los otros, a los que hay que arrancar su consentimiento de no existir”.

Germán GARCÍA



Incubus
Miguel FLORIO

Un sábado cualquiera

Pensar que todo era una broma. En ese espacio de tiempo donde se produce algo, es decir, durante, el negro Octavio puso esa cara. Después lento, denso, emergió el silencio. Nada que ver y menos que decir, si sólo fue una broma. Quién me explica el juego, repetía el negro. La cosa fue así, querida mía. La apuesta consistía en negar esa palabra, mejor dicho, en no pronunciarla durante un tiempo que los compañeros no definieron. Comenzó el juego después del vino tinto en la casa de Gustavo. Los nueve sostenían el ritual de emborracharse el primer sábado de cada mes desde hace años. Ahora sospecho que el ritual los soportaba a estos once (¿dije nueve?) cada mes. Te decía, querida mía, que mientras comían se atoraban con el gol de aquel domingo, el presidente que quiso ser vice, la perla (verdadera) que vendió el gringo, lo único de herencia que valía la pena de su suegra, el estado sin política y la caída de los dientes a medida que el tiempo iba tomando sus medidas. Está bien, continuó. Sucede que me

gusta divagar imaginando lo que hablaron aquel sábado. El negro me lo contó sin lujo de detalles. La cosa fue que alguien propuso una apuesta y uno dijo que sí, por qué no, no estoy seguro pero parece interesante, y dale nomás, que todos se prendieron de eso que dijo el primero, que no se sabe quién fue porque todos lo niegan y se niegan. Y a mi lado el negro, acá arriba, en una nube densa. La apuesta era que el que decía aquella palabra se metía en un lío con las almas. Y si aparece la palabra aparece el alma errante del primero que la escucha. Ese sábado tuve suerte al pasar por ahí y fui la primera en escucharla (no me acuerdo querida mía quién la dijo) y se cumplió lo de la apuesta. Me les aparecí después de un par de años encerrado en la cajita de madera. ¡La cara que puso el negro! Ahora, querida mía, está conmigo. A veces se le pasa el miedo, y de tanto en tanto repite que sólo era un juego, una broma. Y bueno, yo espero que se le pase mientras le acomodo las alitas.

Laura GIBILARO

La heroína del Bicentenario

Habría sido porque iba pensando en la presentación que había estado escuchando, o porque la última y tal vez única vez que había ido a la Biblioteca Nacional tenía, fácil, 20 años menos y ya no recordaba sus vericuetos, no sé, pero la suerte quiso que al abandonar el Auditorio Jorge Luis Borges me distrajera y bajara más allá de lo debido. Cuando me quise dar cuenta estaba entre la hemeroteca y otra sección para mí imposible de identificar, en el subsuelo. Y sola. Era tarde y no había por la zona ningún guardia, o si lo había no lo vi. Así y todo no tuve miedo. “No tengo miedo”, me dije, y ya que estaba me entretuve investigando la zona. No me alejé mucho de la escalera por la que había llegado, sin embargo en un momento la perdí de vista. Sí vi en un rincón otra larguísima que iba para abajo, más abajo. De puro curiosa, me interné por el pasadizo. Desemboqué en un cuartito diminuto de uno por uno como mucho. Nada había allí a excepción de una puertita que me llegaba al mentón. La empujé con fuerza y se abrió. Agachando la cabeza caminé por un túnel oscuro algunos metros hasta tropezar con una valla mínima que separaba al estrecho pasillo de una sala imponente y mal iluminada. El silencio era apenas quebrado por un leve tic tac. Frente a mí pude ver una máquina inmensa, llena de resortes y engranajes, un poco oxidada pero que aparentaba estar en perfecto estado. Era un mecanismo complejísimo y se parecía más a un invento de Leonardo da Vinci que a un aparato de nuestro tiempo. Giré alrededor del gigantesco artilugio, de cuyo centro emergían cuatro vigas de hierro articuladas que recorrían radialmente la sala y se perdían en el techo. Volví a prestar atención al incessante tic tac porque el sonido estaba desacompañado respecto del de mi corazón, que iba a mayor velocidad. Traté de descifrar de dónde venía ese latido externo pero me fue imposible. En cambio di bastante rápido con una palanca de metro, metro y medio de largo, de cuya punta pendía un cartel escrito a mano en letra de imprenta y que decía “para

desactivar la máquina, tire de la manija”. Por su posición comprendí que el aparato estaba en marcha y supuse con razón que prueba de ello era ese tic tac continuo. Empezaba a ponerme nerviosa, temía que se hubiera hecho demasiado tarde y que cerraran las puertas, dejándome ahí encerrada hasta la mañana siguiente o por años. Ya estaba retrocediendo cuando la maquinaria crujió estruendosamente. Giré sobre mis talones. Unos metros más allá, de una especie de garita, emergió Clorindo Testa. Me escondí tras una tuerca de enormes dimensiones y desde allí lo escuché decir: “Ya es hora, la tortuga finalmente va a caminar. Tantas calibraciones no fueron en vano, las patas de mi artefacto comenzarán a moverse esta misma noche, justo para el cierre de los festejos por el Bicentenario”. Al borde del desmayo me imaginé a ese gigante de hormigón despegando sus extremidade del suelo y avanzando por Avenida del Libertador, pisando autos y gente a su paso, metiendo sus zarpas dentro de los edificios para alimentarse de libros de diverso tipo, y defecando tinta de todos los tiempos. Salí de mi escondite a los gritos, empujé a Testa y corrí hacia la palanca. El suelo comenzó a temblar primero débilmente y luego con fuerza, lo cual dificultó el desplazamiento del arquitecto y facilitó mi tarea. Con el peso de mi cuerpo logré poner el aparato en *off*.

No sé cómo encontré el camino de regreso a la superficie. Ya no quedaba nadie en el edificio más que la gente de seguridad. A la pasada pude escucharlos hablar del temblor entre risas nerviosas, pero preferí no contarles nada. Cuando estuve afuera tuve que prender un cigarrillo para relajarme; antes de abandonar el predio lo apagué contra una de las columnas que sostiene a la extraña construcción, aprovechando una grieta que parecía de reciente factura.

Yanina BOUCHE

Otro aniversario

«Hay pues, básicamente, dos tipos de versos sobre el año. El primer tipo, que llamaremos “verso oscuro”, se concentra, por vía metonímica, en el producto, la consecuencia de alguna actividad anal. Así, por ejemplo, un soneto de Quevedo nos recuerda no sin un dejo de homofobia que “La voz del ojo, que llamamos pedo/ (ruiseñor de los putos), detenida,/ da muerte a la salud más presumida”. El “verso oscuro”, claro, permite articulaciones irónicas y metafóricas. Casi cuatro siglos más tarde llegamos al luminoso verso de Juan Gelman, “este

amor es más difícil / que cagar en un frasquito”.»

«En el otro extremo tendríamos lo que en otro lugar hemos denominado “verso vacuo”. Esto es, el verso dedicado al año en sí y para sí. Si se quiere, una analítica trascendental del culo. Una vez más, lo podemos encontrar en Quevedo (“Que tiene ojo de culo es evidente,/ y manojito de llaves, tu sol rojo,/ y que tiene por niña en aquel ojo/ atezado mojón duro y caliente”). Es notable la recurrencia de motivos que convoca el “verso hueco”: la circularidad, la dialéctica del vacío y el

Tomado de “Prólogo” a *Aniversario: Antología universal de versos sobre el año*

Ezequiel DE ROSSO

4 años, 60 autores

Abregú Ana
Accio Arturo
Alonso José Ignacio
Arriaga Carmen
Avram Graciela
Bederman Uriel
Bermani Ariel
Berthea Osqui
Bobbillo Agustín
Bobbillo Juan
Bouche Mariano
Bouche Yanina
De Rosso Ezequiel
Drut Adrian
Duarte Jorge

Fernández Berro María Laura
Florio Miguel
Fombona Sergio
Gallardo Daniel
Gandolfo Ricardo
García Germán
García Fernando
Garpani Horacio
Gárriz Roberto
Gianelloni Lila
Gibilario Laura
Gigena María Martha
González Paula
Gruppo Silvina
Jalof Alejandra

Kirchheimer Mónica
Laquidara Javier
Limanski Eugenia
López Silvana
López Federico Matías
López Tavani Majo
Mailliat María Fernanda
Maronna Pablo
Martínez Nora
Masliah Leo
Medina Lemercier Maribel
Menéndez Martha
Merlo Martín
Meta Nicolás
Olivella Graham Augusto

Ordóñez Pilar
Pafundo Vanesa
Pasini Marlene
Peczник Gastón
Piglia Ricardo
Quintero Mariano
Reta Florencia
Rigazio Sergio
Rivadeneira Jorge
Robert Marthe
Roel Gabriel
Silva Guadalupe
Tcherkaski Osvaldo
Valenti Marcelo Juan
Vestri Daniela

Número aniversario
(ahora sí)

Año V - Octubre 2010 - Número 51
Muestra gratis

web: www.odradek.com.ar
blog: www.odradek-odradek.blogspot.com
correo: domiciliodesconocido@odradek.com.ar

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*
- *Odradek- dice él.*
- *¿Y dónde vives?*
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

Cuentos seniles: Mi homenaje

Los lectores más sagaces habrán notado mi ausencia, de un tiempo a esta parte, en las distinguidas y variopintas páginas de esta publicación.

Pues bien, he tenido que renovar mi libreta de enrolamiento. Ya no encontraba sitio en ella para las constancias electorales. A decir verdad, no creo que nadie de mi generación hubiera sido tan optimista como para sospechar que alguna vez podría llenarse esa sección. Pero hete aquí que eso ocurrió y debí hacer el trámite correspondiente, con sus tiempos de espera. En eso estoy todavía y por ello no he estado en condiciones de hacer mi aporte al vanguardismo.

No obstante, si bien es cierto que aún me encuentro en esa situación, la Señorita Catalina, habitualmente el colmo de la discreción y la reserva, filtró, en forma indeseada, con toda seguridad, la informa-

Pues bien, he tenido que renovar mi libreta de enrolamiento. Ya no encontraba sitio en ella para las constancias electorales. A decir verdad, no creo que nadie de mi generación hubiera sido tan optimista como para sospechar que alguna vez podría llenarse esa sección.

ción acerca del tema que sería el eje de este número de la revista.

Para mi sorpresa, los muchachos de Odradek habían pergeñado un homenaje a propósito de mi onomástico. Superado el pasmio inicial, toda vez que no me considero merecedor de semejante halago, me dediqué a componer este texto en agradecimiento para participar en un número tan, pero tan especial.

Sin más demoras le pedí a mi hijo Vicente, que es el que se entiende mejor con las computadoras, que se metiera en la Internet para mandar esta colaboración. Recién cuando me dijo que había sido enviada y que llamé por teléfono para cerciorarme de que hubiera llegado correctamente en tiempo y forma, fue que se me presentó la duda: ¿sabrán estos muchachos que apenas somos octubre y mi cumpleaños es en el mes de mayo?

Roberto GÁRRIZ

Hay equipo

Las metáforas que el fútbol provee al mundo en su totalidad han sido siempre dignas de mi más preciada admiración. No solamente porque es un deporte que me parece bello en sí, sino porque sintetiza en la forma de un microuniverso el comportamiento de cualquier grupo social. Así, podría decir ahora que sigo atravesando una lesión que me tiene fuera del campo de juego desde hace varias fechas (no sé si no llego a las 19 de un campeonato corto), pero que de todas maneras hay equipo para jugar cada partido y mantener las ilusiones de miles de lectores que enfervorizados siguen esta campaña que cumple otro año más, no importa el resultado que se obtenga.

Porque en Odradek no se trata de ser titulares o suplentes, sino de transpirar la camiseta escribiendo un par de miles de caracteres cada cierre. Y aquí hay muchos que se han ganado con justicia ese pedacito de página en el que imprimen la identidad de este *dreamteam* literario: el siempre habilidoso Quintero, la polifuncional Nora Martínez, el imparable De Rosso, la virtuosa Yanina Bouche, el maestro Germán García, la inquietante Gigena. Algunos comenzaron desde el arranque, jugando los 90 minutos sin decir agua va; otros han hecho apariciones esporádicas, como los jugadores de la reserva que se ponen a prueba en partidos de primera y terminan ganándose un merecidísimo lugar entre el staff permanente, como Kirchheimer y Gibilaro; otros han llegado a préstamo y otros se han ido de la misma manera a jugar a otras ligas, como Drut y Bermani. También hemos contado entre nosotros con la presencia de grandes figuras. Todos, sin embargo, ya son parte de la historia de esta publicación, que cuenta además con un gran DT, el siempre motivador Roberto Gárriz.

Un cometario aparte merecen los diagramadores, esos preparadores físicos que siempre sacan un as de la manga para que esta revista salga a hacer frente ante cualquier adversidad. Por eso, gracias Luis, gracias Mariano, gracias Yanina por tanta paciencia.

Espero que pronto pueda volver a sumarme a esta campaña. Por el momento, lo saben, me tienen alentando en el paraavanchas de la popular.

Vanesa PAFUNDO